

garse una vez más sobre “¿una iglesia de elite o una gran Iglesia?”.

Aceptando que la Iglesia de hoy no posee el poder que tuvo en otros tiempos, Maggiolini señala que se observa “una praxis religiosa residual” (p. 80), que conduce a una iglesia minoritaria (“¿encontrará fe en la tierra?”). Pero el autor advierte que –sin perjuicio de esta realidad– “estamos bien lejos de la mitificación de un grupito de elegidos que se complacen de adherir a la Iglesia y de adherir algo ostentadamente” (p. 82).

En el aspecto moral no omite referirse al tema de la libertad, que circunscribe a sus límites, para señalar luego que el pecado –tan poco mencionado últimamente– es personal y la culpa no puede considerarse de dimensión comunitaria, pues ello anula la libertad y la responsabilidad individual; ello no anula las consecuencias comunitarias en el Cuerpo Místico que es la Iglesia.

Luego el autor asume el tema de la muerte, observando que más allá de la “corriente de moda” en ocultarla, está presente y debe asumirse (“de que vale ganar el mundo si al final se pierde el alma”). Este aspecto le permite incursionar en cuestiones hoy ocultas como el infierno, aclarando que “el paraíso no está en el cielo detrás de los astros, como el infierno

no está en las profundidades –en el centro– de la tierra. No es un lugar” (p. 113), y “no se sabe bien en que cosa consiste” (p. 114): es más una imagen que un concepto, pero sin lugar a dudas incluye la privación de la visión directa y beatífica de Dios. En última instancia, no se trata de saber, sino de esperar” (cfr. p. 117). En el capítulo siguiente se refiere al diablo, sin omitir inclusive la temática de los exorcismos, sobre los que la Santa Sede publicara un documento oficial hace poco tiempo.

En la parte siguiente el autor se orienta hacia el papel que le cabe al cristiano, retomando aspectos tan poco afines al hedonismo actual como la mortificación, la penitencia, la fuga del mundo, la lucha espiritual (con uno mismo) (aquel tradicional: el mundo, el demonio y la carne, que hoy parecen hasta “ridículos”). Maggiolini advierte que debemos estar preparados, como Pablo en su cartas a los Tesalonicenses y Efesios, “debemos revestirnos de la fe y de la caridad como de una coraza, y de la esperanza en la salvación como de un yelmo” (cfr. p. 138).

El autor subraya la importancia de la presencia real de Cristo entre nosotros. Como historiadores no parece redundante recordar que el cristianismo (especialmente católico) es la única religión que afirma

que “Dios se hizo hombre y vivió entre nosotros”.

El capítulo XXII se refiere a las vocaciones sacerdotales –y tras señalar su escasez actual– examina los problemas (celibato incluido) y propone caminos, para referirse en el capítulo siguiente a la cuestión litúrgica, criticando –especialmente? la aplicación de sus reformas entendidas como un vaciamiento de su sentido sacral y misterico, como lo expresa el propio cardenal Ratzinger en una reciente obra. En este acápite rescata la importancia de la plegaria –tan ajena a nuestro mundo activista– y especialmente el rosario. Cabe destacar que el autor rescata el papel del Concilio Vaticano II, al que considera para la comunidad cristiana como algo análogo a los ejercicios espirituales para las personas de fe (cfr. p. 157).

En el último capítulo –sus conclusiones– que denomina sintomáticamente “pesimismo/esperanza”, el autor advierte que más allá de la imagen pesimista fundada en una sensibilidad que –por su raíz iluminista que impregna el mundo secularizado– niega la providencia Divina y la misma libertad humana mostrando su actitud pagana, el cristiano debe mostrar su amor a la Iglesia, basada en la presencia permanente de Cristo eucaristía y la promesa de la asistencia del Espíritu Santo.

Como historiador y a manera de síntesis concluyamos que el obispo Maggiolini rescata la esencia –a veces oculta– de nuestra fe y nuestra creencia para –basado en ella– aportar un mensaje esperanzado sobre el futuro del catolicismo en los comienzos del Tercer Milenio, cuyos primeros frutos –aún débiles– parecen apreciarse en lugares muy diversos y aparentemente inconexos ante nuestros ojos humanos.

FLORENCIO HUBEÑAK

MASSIMO FAGGIOLI – GIOVANNI TURBANTI, *Il Concilio inedito*, Bologna, Il Mulino, 2001, 165 pp.

Acaba de llegar a nuestras manos, coincidente con la conclusión de la edición de la monumental obra del historiador Giuseppe Alberigo sobre el Concilio Vaticano II este pequeño libro coordinado en el *Istituto per le scienze religiose* de Bologna que agrupa las fuentes e instrumentos de investigación empleados para el estudio del citado Concilio, que marcara un hito en la historia de la Iglesia en el siglo XX y que pensa-

mos—dada su utilidad— debe ser del conocimiento de los futuros investigadores.

La obra ha sido recopilada por Massimo Faggioli y Giovanni Turbanti, que trabajaron directamente con Alberigo en la preparación de la citada historia y en consecuencia prepararon el aparato erudito para su redacción. Faggioli es investigador del Instituto, está concluyendo su doctorado en la Universidad de Torino y se ha especializado en Historia institucional de la iglesia moderna y contemporánea, mientras que Turbanti, también investigador del Instituto de Bologna, se especializó en Florencia, Urbino y Bochum, colaborando como “mano derecha” en la obra de Alberigo.

El libro que felizmente publicó *Il Mulino* contiene una introducción de los autores que pasa revista a los pasos seguidos para orientarse en la documentación existente sobre el Concilio Vaticano II, explicando detalladamente los métodos de consulta de la nómina bibliográfica de fuentes —primarias y secundarias— que se incorpora.

El material —que ocupa ciento diez páginas— está ordenado alfabéticamente y en cada caso señala el autor, su función, su actividad vinculada con el Concilio y la obra consultada o la entrevista realizada por los autores de la monumental obra. En muchos casos se agrega

una nota al pie con referencias complementarias o correlatos.

Evidentemente resulta imposible transcribir el listado del importante material utilizado e incorporado, pero casi al azar mencionemos solamente algunos ejemplos:

“*Giovanni XXIII, papa. Archivo personal está conservado en el seminario de Bergamo; la agenda personal en al Secretaria de Estado, el resto en ASV (Archivio Segreto Vaticano), copia, inventario y microfilm en ISR (Istituto per le scienze religiose, Bologna)*”.

“*Guitton, Jean. Auditor laico al Concilio. En varias ocasiones ha prestado testimonio sobre su participación en el Concilio. Noticias importantes, que poseen una base documentaria y diarística, se encuentran en la reciente biografía*”.

“*Küng, Hans. Perito conciliar. Conserva consigo en Tübingen (Germania) sus documentos relativos al concilio*”.

“*Ottaviani, Alfredo, Card. Secretario y después Pro-Prefecto de la Congregación del Santo Oficio, miembro de la comisión central preparatoria, presidente de la comisión teológica preparatoria y de la comisión doctrinal. Se afirma que la mayor parte de las cartas del card. Ottaviani están conservadas en la Congregación para la Doctrina de la Fe y son inaccesibles. E. Cavaterra ha publicado amplios*

extractos de un diario de Ottaviani en su biografía del cardenal. Sus cartas personales referidas al concilio están incluidas en varias secciones de ACVII (Archivio del Concilio Vaticano II)”.

“*Quarracino, Antonio. Obispo de Nueve de Julio-Argentina. Las consultas realizadas ante él tuvieron resultado negativo*”.

Como puede apreciarse se trata de una publicación, de méritos casi invalorable, para continuar investigando sobre el Concilio Vaticano II, uno de los acontecimientos más importantes de la historia de la Iglesia en los últimos siglos.

FLORENCIO HUBEÑAK